



**DAVID
SUMMERS**

HOY ME HE LEVANTADO
DANDO UN
SALTO MORTAL

Prólogo de LEOPOLDO ABADÍA

David Summers

Hoy me he levantado dando un salto mortal

Ideas para vivir la vida
intensamente y llegar
a lo más alto



© 2017 David Summers

© Centro Libros PAF, S.L.U., 2017

Alenta es un sello editorial de Centro Libros PAF, S. L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16928-37-8

Depósito legal B. 22.240-2017

Primera edición: noviembre de 2017

Preimpresión: pleka scp

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

SUMARIO

Prólogo de Leopoldo Abadía sr.	11
Introducción.....	15
1. El trabajo	19
2. La creatividad.....	41
3. El éxito.....	77
4. El fracaso.....	103
5. Los referentes.....	115
6. La exigencia de la calidad y la belleza	135
7. Nuestra marca, nuestra personalidad.....	147
8. Volver porque nunca te fuiste	171
Agradecimientos.....	193

1. EL TRABAJO

**«Y tus amigos que siguen unidos
sólo esperando estrecharte en sus brazos
y ayudarte otra vez
y ya no quedan lágrimas ni dolor
sólo un vaso de cerveza y una canción.»**

**(«Mis amigos»,
Voy a pasármelo bien, 1989)**

Yo quería dedicarme a un trabajo como el de mi padre.

Mi padre, Manuel Summers, era un cineasta, humorista, dibujante y guionista reconocidísimo en España, con un nivel de creatividad enorme y multidisciplinar, con un amor a su trabajo tremendo y, sobre todo, con una filosofía muy clara: no tener más jefe que uno mismo.

Eso era lo que más me gustaba. Nadie le decía lo que tenía que hacer. Es más, él hacía las cosas que le gustaría que existieran. Cuando me decía: «Qué bonito sería que hubiera una película que hablara sobre esto o aquello», él la escribía y se buscaba la vida para poder hacer que esa película existiera.

Y yo quería hacer eso:

- Que nadie me dijera lo que tenía que hacer en la vida.

- Poder hacer cosas que me gustaría que existieran.

Está claro que para poder hacer eso había que tener varias cosas previstas:

- Tener un trabajo en el que el máximo responsable fuera uno mismo.
- Rodearse de un buen equipo y trabajar con la idea de poner tus sueños en pie.

Obviamente, esto lo digo ahora que tengo más de cincuenta años y que, echando la vista atrás, soy capaz de encontrar un por qué a las cosas, o incluso un método que explique cómo ha sido mi vida estos últimos treinta años.

Ahora creo que sé cómo se gestiona el éxito, cómo sacar un disco y vender 700.000 copias, cómo saber retirarse —y a tiempo— y volver en el momento adecuado, cómo ser un número uno a tu antojo, etc. O sea, a toro pasado, echando la vista atrás, sé decir de todo, aunque realmente todo es casual.

Para mí, sólo ha sido un día, y luego otro, y luego otro...

Pero en aquellos inicios de la década de los ochenta, en los que la Movida había eclosionado, yo era un chaval que amaba la música punk, que vestía con chupas de cuero, zapatones raros y que tocaba el clarinete en mis ratos libres.

Era un poco desastre en el colegio, del cual me habían echado, y me veía en una nueva escuela en la que,

tenía entendido, las clases eran menos duras y, he aquí el gran dato, había tías. Para un chaval de dieciséis años eso era lo más importante. Lo único importante.

Si en ese momento me hubiesen pedido que inventara un método sobre cómo crear una fórmula de éxito, tener fama mundial, tener una filosofía de trabajo o ser creativo con acierto, me hubiera quedado de piedra.

Y, posiblemente, me hubiese preguntado: ya, ya..., pero ¿está buena?

EL EQUIPO DE TRABAJO

Quería ser músico. La Movida, para nada, representaba lo que yo quería escuchar, lo que yo quería sentir como oyente..., era un movimiento necesario y liberador, con una apertura acojonante que, tras cuarenta años de un país sumido en la grisura del franquismo, quería expresarse por fin con libertad. Era un movimiento cultural de izquierdas en el que la libertad llegaba a su máxima expresión y, aunque esa Movida tenía muchas ideas políticas que estaban siempre subyacentes y que no casaban con las mías, era inevitable sentirse fascinado por todo el movimiento. Era todo muy fresco, muy nuevo, y surgieron canciones y artistas muy interesantes que aún hoy me siguen gustando. Recuerdo con especial cariño a Glutamato Ye Ye, Derribos Arias, Los Pistones, Los Nikis, Nacha Pop...

Yo pasaba de política y de tribus urbanas, igual que ahora. Por lo tanto, esa Movida tan acojonante no iba conmigo ni me representaba. Yo era un chaval que quería pasármelo bien y que tenía el gusanillo del arte

dentro. En principio, el cine era lo que me llamaba la atención.

Mi colega del colegio era Javi Molina. Nos habían echado a los dos del colegio Menesiano, y a los dos nos llevaron al Santa Cristina. Somos íntimos amigos desde hace cuarenta años y eso ha perdurado hasta el día de hoy. De su veraneo en la Sierra se trajo a Dani Mezquita, con el que congenié rápidamente y entre los tres, junto con nuestro amigo Pepe Punk, pusimos en marcha Los Residuos, un grupo punk que daba sus primeros pasos. Rafa Gutiérrez se incorporó poco después, cuando nos conocimos en un plató de TVE en el que hacíamos de figurantes para los hijos de Rocío Dúrcal. Todo esto se puede ver en nuestra película *Sufre mamá*, que tiene gran parte de nuestra biografía.

Ésos fueron nuestros verdaderos e increíbles inicios.

El equipo de trabajo de algo que no sabíamos en qué se iba a convertir se acababa de crear. Pasó de Los Residuos a Los Bonitos Redford y de ahí a Hombres G, gracias a la película de James Cagney: *The G-Men*.

O sea, lo que hoy se llamaría un *rebranding* y evolución de marca, pero en realidad es no estar seguro nunca de si el nombre del grupo funciona, ni siquiera en este momento estoy seguro de si Hombres G es un buen nombre para un grupo.

LOS ROLES

El equipo de trabajo estaba formado. Por llamarnos equipo de trabajo. Nuestra banda quería ensayar, beber cerveza y dar conciertos y, al amparo de la Movida, en

la que cualquier cosa, de calidad o no, tenía posibilidades de saltar a la palestra, pudimos colarnos...

Quizá publicar un álbum propio algún día no muy lejano. Un sueño imposible de nuestra más tierna adolescencia que parecía que podía hacerse realidad, aunque sólo fuera para escucharlo nosotros en casa y compartirlo con la familia y amigos..., vendérselo a la gente ya era otro sueño...

Yo era quien hacía las canciones. Primero por mi obsesión por la música: mi obsesión es un poco enfermiza, quizá mayor que la de Dani, Javi y Rafa, por eso estoy todo el día componiendo, todo el día escribiendo, todo el día pensando cosas. No hay nada que me absorba y que me llene más que intentar escribir una canción bonita...

Así que, en ese sentido, era —y sigo siendo— bastante insoportable. Esa obsesión provoca un ritmo difícil de seguir, ese ritmo que hay en mi cabecita haciendo que no pare de escribir, de tocar, de ver cosas, de leer, de rebuscar. Ellos, quizá más liberados de esa obsesión, se pueden relajar un poco. Cuando quieren vacaciones, realmente se van de vacaciones, y yo realmente no puedo irme del todo porque me obsesiona excesivamente la música y trabajar en ella. Me cuesta desconectar.

Por eso, a veces, peco de acaparar la creatividad. En cada canción pongo un trozo de mi vida, echo toda la carne en el asador, sin medir consecuencias, sólo intentando ser lo más sincero posible, buscando siempre algo especial. Siempre tengo música en mi cabeza, siempre tengo canciones en proyecto, poesías que pue-

den convertirse en algo... y yendo al ritmo frenético al que voy, siempre tenemos material para trabajar, para ilusionarnos, aunque a veces tengo la sensación de no dar muchas opciones a mis compañeros de hacer propuestas.

Está claro que de una forma muy natural, en su momento, asumimos nuestro rol, nuestro papel en el grupo.

Dani es el guitarrista rítmico del grupo. Pero de puertas adentro ha tenido siempre una actuación más de discográfica, más organizada, más de marketing. Le encanta planificar y organizar, y eso nos permite cuadrarnos mucho, y tener un inicio y un final de proyecto, por ejemplo, en la grabación de un nuevo disco. En las grabaciones, él apunta con detalle todo lo que hemos hecho, todo lo que vamos haciendo, lo que vamos grabando y todo lo que nos falta por hacer.

Como equipo de cuatro, más o menos organizado, nadie en ningún momento asignó tareas a nadie. Por eso, Dani hace un trabajo que sería más propio de un organizador, pero a él le gusta hacerlo y, a la vista está, nos va muy bien. A Dani le gusta planificar y pensar las cosas, valorar cuándo es el mejor momento para sacar un disco y cuándo se hacen promos o con quién hacerlas. Por lo tanto, su papel, al margen de la ejecución musical, es esencial: él nos posiciona frente al mercado y frente al público, un trabajo que a mí me resulta muy pesado...

Todo esto, por supuesto —y esta idea seguramente se irá repitiendo a lo largo del libro—, se va haciendo de forma consensuada y poniéndonos de acuerdo entre los cuatro. La idea es que nadie imponga nada.

Javi es nuestro batería. Y mi mejor amigo desde que éramos niños. Recuerdo estar con él, hace muy poco, al pie de la escalera para subir al escenario en México, donde nos esperaban 85.000 personas. Le eché el brazo por el hombro y los dos pensamos: «Aquí estoy con mi amigo de toda mi vida, a punto de salir a tocar en un concierto que no olvidaré jamás». Nos miramos, sonreímos y nos sentimos muy bien.

Javi es el Ringo del grupo. Quien siga a los Beatles un mínimo sabe que Ringo es un tío divertido, necesario para el grupo —fundamental—, guasón y con mucha personalidad. Javi es el tío cachondo, el batería loco, el mejor actor de los cuatro —las dos películas que hicimos lo demuestran...—, y con los Beatles pasa lo mismo: Ringo era, de calle, quien daba los giros surrealistas y divertidos a las situaciones, el mejor actor en las pelis y, así lo confirmaron años después, el «pegamento» que unía a los cuatro.

En el escenario, su papel es muy importante, porque imprime mucho carácter, y ya solamente por cantar «Venezia» y su protagonismo, por cómo es él y por la vida y el barniz que le ha dado al grupo, siempre estando de buen humor, es una pieza vital dentro de los Hombres G, ya no sólo como músico, sino como personaje. Quizá es el más conocido de los tres porque tiene una personalidad más marcada.

Rafa es nuestro guitarra solista. Su rol está claro: le da una vena más rockera y nos aporta esa humanidad tan grande que tiene, ese «todo está bien», siempre está conforme, siempre está feliz, siempre está contento, ha-

gamos lo que hagamos. Él, de alguna manera, se deja llevar para centrarse en su trabajo, en sacar el mayor partido a su labor. Rafa confía totalmente en el grupo y en las canciones, y trabaja para hacer un trabajo serio —que es tocar la guitarra de puta madre, lo mejor que puede— que nos da un estatus en el escenario muy espectacular.

El equipo básico se iría completando según avanzábamos con la ayuda de Juan Muro al saxofón y José Carlos Parada —Jason Paradise— a los teclados.

EL COCHE

Hay conceptos, sin embargo, que, aun manteniendo la igualdad en el equipo, se tienen que manejar. Lo normal es que en los medios de comunicación digan aquello de «David Summers, líder de Hombres G», aunque yo nunca en mi vida haya ido de líder.

Yo no me siento líder porque dentro del grupo somos amigos, y es que entre un grupo de amigos no hay un líder.

Pero sí que entiendo que mi papel en el grupo es relevante porque soy quien compone, quien canta y quien, al fin y al cabo, hace de vértice en este barco que es Hombres G. Soy consciente de que mi responsabilidad con el grupo es muy importante: sin mi trabajo no habría nada, pero esa responsabilidad no me agobia, me divierte, como ya dije antes, no hay nada que me guste más que hacer canciones y darles forma con mis amigos.

Si los Hombres G son un coche, yo soy el motor. Y ellos, Dani, Rafa y Javi, son las ruedas. Juanito Muro

y Jason son los embellecedores. Y este coche que se llama Hombres G no funciona sin ruedas. Soy muy consciente de eso.

Y sí, podría llevar el motor a otro coche y seguir andando..., pero no sería este coche, no sería Hombres G.

JERARQUÍA ENTRE IGUALES

Y es que, aunque tengamos todos el mismo grupo, tenemos roles con distintas responsabilidades. O sea, hay jerarquía entre iguales. Mi trabajo no es igual que el de Dani, Rafa o Javi. Quizá en directo, los que más derrochamos físicamente en el escenario somos Javi y yo. Yo, por lo comentado antes. Y Javi porque el trabajo de batería es una paliza monumental para el cuerpo. Rafa y Dani tienen su papel, que es fundamental para cuadrar a todos, pero no tienen que cantar durante dos horas, creo que su trabajo es más relajado.

Esto, además, se ve clarísimamente cuando hay causas que no se pueden controlar. Si yo me pongo enfermo, no hay concierto. En cambio, en caso de que se ponga enfermo cualquier otro miembro, y el show sea muy importante, puede que haya concierto.

En una ocasión, nos vimos en la situación de que Javi tenía una operación inaplazable. Y teníamos cerrado un concierto con Spotify, de esos importantes para la difusión en redes. Javi, como es normal, dijo que sin él no se podría hacer el show. Pero no se podía aplazar. Dani, muy acertado, recordó que nuestro productor de disco, Carlos Jean, que es un excelente batería, podría sustituirle. Y así fue.

Si lo hicieron los Beatles cuando a Ringo le operaron de amígdalas en 1965, en aquella macro gira mundial, y le sustituyó durante varios conciertos Jimmy Nicol a la batería, ¿cómo no vamos a hacerlo nosotros? Otro asunto hubiera sido que el enfermo hubiese sido Paul o John. Allí cancelarían seguro.

Así que, en nuestro caso, cuando yo he estado mal, el concierto se ha cancelado. Así que el grupo, como bloque, entiende los roles de cada uno.

Quizá en otras bandas ese exceso de responsabilidad se consideraría una carga tremenda, motivo suficiente como para ser distinto, tener un estatus distinto dentro del grupo e incluso tener un caché mayor que el resto. Yo no lo vivo así, nunca me ha importado nada de eso.

No puedo delegar en nadie, y no se me puede sustituir. Y no porque componga, sino porque soy el que canta. Y la voz, como las canciones, es parte elemental de la ecuación.

Entiendo que todo eso beneficia al equipo. Yo siempre he sido un tipo bastante tímido, no me gustaba bailar, ni me gustaba estar en una discoteca yendo tras las niñas para decirles que bailasen conmigo. Siempre he sido muy retraído para esas cosas.

Pero siempre he entendido que mi trabajo es hacer que la gente se lo pase de puta madre. Y no soy un *entertainer*, pero salgo al escenario y sé qué es lo que tengo que hacer, me transformo completamente, soy feliz y me pongo a hacer el gilipollas...

No monto el pollo en un bar ni me subo a la barra a bailar.

Nunca he sido echado *p'alante* ni he sido el primero que baila, más bien al contrario. En mi vida personal, busco los bares vacíos, las playas desiertas, el silencio... tengo un sentido del ridículo enorme... En el escenario me permito reírme de mí mismo, hacer bromas, hago el tonto, hago una presentación especial a Paradise..., a veces me dicen «hoy estabas muy guasón»..., y eso es porque en el escenario soy feliz.

¿POR QUÉ NO SER AMIGOS?

Con esa idea en la cabeza, reconozco que también he ido replanteando algunas cosas. Hay una idea que revolotea permanentemente: nos sale más a cuenta llevarnos bien y seguir queriéndonos que estropear toda esta aventura por tonterías puntuales.

En una ocasión, Rafa estaba con la guitarra antes de un ensayo. Era principios de los ochenta, empezábamos a tomarnos en serio lo de ser una banda de rock y él practicando un riff que me parecía cojonudo. Le pregunté qué era y me contestó que era un ejercicio que hacía.

Yo estaba componiendo una nueva canción, y decidí incorporar ese riff como elemento reconocible. Quedaba de maravilla. Esa canción se llamaba «El ataque de las Chicas Cocodrilo», y el riff es el que se corea tanto en los conciertos. Así que a la hora de firmar la canción, le di el 50 por ciento de la autoría de la canción a Rafa. Lo mismo si surgía de una combinación de un par de acordes de Dani que yo podía desarrollar.

Y es que, además, me daba un poco de pudor que yo fuera el autor de todas las canciones. Por ello hacía ese

tipo de cesiones. Quizá ahora, tras la trayectoria hecha, puliría un poco más esos detalles, pero creo que esto trae paz al grupo.

HABLAR CLARAMENTE ELIMINA TENSIONES

Hasta el día de hoy, no se ha demostrado mejor manera para arreglar las cosas o evitar tensiones que hablar entre los implicados. Y como en todos los grupos humanos que trabajan a un ritmo tan frenético, que consiguen el éxito de forma contundente y a la primera y que se mantiene en el escenario, creando y actuando con una fórmula de éxito durante treinta años, ha habido momentos de tensiones internas.

Quizá no lo suficientemente graves como para dividirnos, pero sí necesarias y fundamentales para determinar el enfoque y el camino que había que recorrer.

Qué camino recorrer y cómo hacerlo.

No creo que sean de mucho interés las rencillas que haya podido haber —ya digo que son las necesarias, pero son de poca trascendencia—, aunque creo que es interesante, al menos, conocer una que determinó la forma de funcionar económicamente y que resultó ser una bendición con el paso de los años.

Corría el año 1986 del siglo pasado. Nuestro primer disco, con «Sufre mamón» y «Venezia» a la cabeza, había sido un auténtico bombazo. Increíble.

Dani, Rafa y Javi se reunieron para plantearme un asunto que estaba en el aire, visto el exitazo que estábamos teniendo. Había que establecer una serie de premisas con relación a las canciones. Y es que en ese primer

año, yo, como autor principal de la mayoría de los temas, había ganado una millonada indecente.

O sea que, además, de las ventas de los discos y de los conciertos innumerables, yo me estaba embolsando una cantidad extra por haber hecho las canciones. Los derechos de autor. Normal.

Hablaron entre ellos y luego se reunieron conmigo. Lo que querían decirme era que habían pensado que las canciones teníamos que firmarlas los cuatro. Una especie de sociedad Lennon-McCartney pero multiplicada por dos: Summers-Mezquita-Gutiérrez-Molina.

Y dije: ¿Por qué? Ellos argumentaron eso: porque somos un grupo. Mi respuesta fue clara: sé que somos un grupo..., pero yo soy el autor de las canciones. Y me replicaron que si existía un redoble en una canción, o un solo de guitarra o unas voces, también eran partes esenciales que cada uno aportaba a las canciones, y eso debía contar en la autoría.

Mi respuesta fue, a mi entender, la necesaria para el momento: precisamente porque hacéis ese redoble, ese solo o esas voces, salís en la portada del disco, hacemos giras juntos y participamos de todo lo bueno y lo malo a partes iguales.

Entonces lo dejamos clarísimo: las canciones que yo haga, las firmo yo. Las que hagáis vosotros, las firmáis vosotros. Pero una canción que he hecho yo no la vamos a firmar los cuatro porque me parece injusto... Ellos me llamaban de vez en cuando desde el Rowland, nuestro bar, tomando sus litrillos y sus copas, para preguntar cómo iba con las canciones. O sea que eran cons-

cientes de que yo me estaba ocupando de ello y podían despreocuparse.

TRABAJAR Y COMPONER

No todo el mundo puede hacer canciones.

Tú puedes ser músico y no saber hacer canciones. Puedes ser un músico talentoso, pero no con un talento para componer.

Componer es otra cosa: podría decir que no tiene que ver ni con la música. Componer, escribir letras, vaciar tu alma, mostrar tus sentimientos..., eso es mi vida y se sale del cometido de salir a tocar.

Esto no quiere decir que cada miembro no pueda coger un día y hacer canciones. Pero tal como lo tenemos planteado en estos treinta años, no nos ha funcionado mal.

Por eso, trabajar y componer son dos conceptos que, en mi caso, están interrelacionados. Por las fases de trabajo que antes he mencionado y porque la mera ejecución y defensa de los temas exige otro trabajo, más físico, al que hay que adaptarse también.

A veces nos ofrecen calendarios increíbles para conciertos. Por ejemplo, nos ha ocurrido que después de un par de conciertos seguidos, nos piden un tercero. Sabemos que lo podemos cobrar bien, pero en ese momento yo antepongo mi condición física al concierto. A diferencia del resto del grupo, que lo da todo en el concierto, yo tengo que cantar, tocar, estar animado, alentar al público, dar buen rollo e interpretar concentrado todo el concierto, de principio a final, a excep-

ción de la intro de ópera que hace Javi en «Venezia». O sea, tengo que hacer el primero muy bien, aguantar el segundo y guardar fuerzas para un tercero.

Digo esto recordando que en los ochenta, Hombres G hacíamos 150 conciertos al año, entre España y América, tocábamos sin parar... recuerdo que hicimos 28 conciertos en agosto de 1986, y cada noche salíamos de fiesta y volvíamos al hotel borrachos como cubas.

Tengo cincuenta y tres años. Ya no puedo hacer eso sin que me pase factura. Posiblemente, si yo tuviera que salir solamente a tocar la guitarra, da lo mismo si estoy afónico, si estoy jodido, si tengo gripe, si tengo fiebre..., podría hacer veinte shows seguidos. Pero tengo que cantar y tengo que tener la voz bien, y, como he dicho, no sólo cantar, sino que tengo que pedir palmas, gritar como un loco, animar a la gente, hablar por el micro, hacerles partícipes de todo...

Y, gracias a Dios, mis compañeros de grupo, mi equipo de trabajo, me entienden y me dan la razón.

COMPONER CON OTROS

El concepto de trabajo fuera del grupo cambia radicalmente. El mundo de los autores se centra, gracias a Dios, en conceptos de justicia. Hay gente extremadamente justa a la hora de adjudicar porcentajes de trabajo y creatividad.

Ése es el caso de mi querido Pancho Varona, mano derecha y fiel escudero de Joaquín Sabina, compositor tremendo y persona extraordinaria. Trabajar con alguien a quien quieres y admiras es doble maravilla. Pancho es

de aquellos que tras las sesiones de trabajo para componer una canción es capaz de decirte en porcentaje lo que ha hecho cada uno. Es capaz de detallar cuánta parte de la música y cuánta parte de la letra es tuya y qué porcentaje es el que hay que inscribir en la SGAE. Si yo hubiera aplicado ese método a «El ataque de las Chicas Cocodrilo», por ejemplo, tendría que haber repartido con Rafa sólo la música y en un porcentaje 20/80.

Pero, en el fondo, a mí me daba igual, porque como tenía el resto de las canciones, o sea, eran más todas, qué más me daba. Compartir una con ellos me permitía evitar discusiones y seguir todos contentos.

Es muy probable que no hayamos tenido problemas gordos entre nosotros por ese motivo, porque hemos antepuesto la idea de evitar discusiones a todo lo demás.

Nosotros por cada concierto ganamos exactamente lo mismo cada uno. Nuestros técnicos de sonido, que algunos llevan más de treinta años con nosotros, son los mejor pagados del gremio, van a los mismos hoteles que nosotros y disfrutan y sufren las mismas condiciones que nosotros. Cada uno de ellos se deja la vida en cada concierto, y nunca nos han decepcionado, ni como personas ni como profesionales.

No se basa en justicia. Nos guían otros valores.

LA HONESTIDAD DEL TRABAJO

En los ochenta, con los Hombres G en la cresta de la ola, nos surgieron una serie de conciertos por Levante, en Alcira, Valencia, Alicante, Elche... Cuatro días, a concierto por día. Y un periodista de una revista catala-

na de rock se vino con nosotros a esa gira como invitado. Su encargo recibido era claro: cuéntanos qué pasa con Hombres G y cómo son, en realidad, estos chicos dentro y fuera del escenario.

Y así fue: el tío se vino de gira con nosotros y, sinceramente, se lo pasó en grande. Y nosotros con él. Participó en todas nuestras cosas. Viajes en la furgó, pruebas de sonido, ensayos, ruedas de prensa..., todo. Se convirtió en uno más del equipo.

Terminada la corta pero intensa gira levantina, el periodista se encerró a escribir el reportaje. O eso creí. Porque el reportaje jamás salió a la luz.

Pasado el tiempo, estando en Barcelona, me topé de nuevo con él y, aprovechando el reencuentro, le pregunté por el reportaje que nunca se publicó. Y, efectivamente, me dijo que nunca salió a la luz porque nos dejaba tan bien que la revista no podía admitir que no hubiera ni un atisbo de sombra en nuestra minigira.

Me quedé de piedra. No por la filosofía de la revista y su falta absoluta de criterio. Eso ya me lo esperaba, y de eso ya hablaré más adelante. Me quedé de piedra por la poca capacidad del periodista para ser libre y defender su trabajo.

Le dije que sentía mucho que no pudiera tener libertad total en el trabajo. Que entendía que a veces eso no es posible, pero que es una pena ir con un buen reportaje bajo el brazo diciendo que los Hombres G son cojonudos, que te has ido de gira con ellos, que salen a tocar en directo y se lo hacen pasar bien a miles de personas, que son superventas y que son gente normal

en el tú a tú. Y que, por cuestiones diversas, no te dejen publicarlo.

Y uno no tiene más remedio que quedarse callado y guardar el reportaje en un cajón de la mesa y quede en el olvido.

Hay que ser honesto en el trabajo. Está bien, yo no soy empleado de un jefe, yo soy mi propio jefe y, quizá, no sé si un empleado de una revista tiene mucho margen de lucha por su reportaje. Pero la libertad personal no está sujeta a ninguna empresa. Y claudicar es de pringados. Cuando hay un impresentable que te dice lo que tienes que decir y tú no te revelas, eres un pringado. Por eso yo soy muy feliz con mi trabajo. Por eso el que emprende tiene más opciones de que su felicidad sea más plena.

Y, sobre todo, pocas veces agachará la cabeza para sacar adelante su trabajo. Siempre que anteponga la honestidad a todo.

Siempre le digo a mis hijos, que también son artistas, que sean ellos mismos. Que la única manera de competir con cualquiera es siendo honesto, sincero y personal. Que nunca pongan la mano ni se dejen doblegar por nadie. Así dormirán tranquilos y serán felices.

10 IDEAS CLAVE SOBRE EL TRABAJO CUANDO ERES TU PROPIO JEFE

DISFRUTA CON LO QUE HACES

La mejor manera de ser feliz en la vida es realizar un trabajo que te haga feliz.

La gente podría pensar que esto es una estupidez, pero no lo creo. Los que tenemos la gran suerte de vivir de aquello que amamos sabemos que gran parte de que las cosas nos salgan más o menos bien es gracias a que lo pasamos de puta madre trabajando.

Todo el mundo habla de apasionarse con el trabajo, pero entiendo que hay algunos trabajos que son difíciles de llevar con pasión. Ante eso, sólo puedo decir que si el trabajo se hace bien es probable que acabe gustando más.

LEVÁNTATE PRONTO

Es así de simple. Desde pequeño mi padre me dijo que madrugar es esencial para poder crear y sacar el mayor partido a todo. Hay que ganar tiempo al tiempo y dejar que el cuerpo se adapte a un ritmo de vida en el que se puedan aprovechar cuantas más horas, mejor.

RODÉATE DE GENTE DE CONFIANZA

Todo el mundo que conoce el círculo de trabajo y amistad de Hombres G sabe que tenemos un concepto muy alto de amistad y lealtad. No olvidamos que todos estamos trabajando, pero qué mejor si la gente con la que trabajas es amiga de verdad. Y en este aspecto no sólo hablo de mis compañeros de escenario, sino de todos aquellos que forman nuestro equipo: técnicos, *road manager*, producción, seguridad, etcétera.

HAZ LO QUE TE GUSTA, PERO SOBRE TODO, HAZ LO QUE SABES HACER

No te metas en camisa de once varas. Zapatero a tus zapatos, como me decía mi padre. No hace falta que impresiones a nadie: haz tu trabajo de la mejor manera que sepas, déjate la piel pero sobre todo haz aquello que se te dé bien. Con eso tienes gran parte del éxito conseguido.

ESCUCHA AL MUNDO

El mundo te está hablando continuamente. Nos dice cómo es la gente, qué quiere, qué es lo que espera, qué busca..., probablemente dice con claridad qué espera de cada uno de nosotros.

TRABAJA TU ESTILO

Desarrolla esa parte de ti que te diferencia de los demás. No caigas en modas y tendencias. Todo

lo que está de moda, pasa de moda. Ten la suficiente personalidad como para crear tu propio estilo. Y trabájalo de tal manera que no sea efímero. Intenta ser coherente con ese estilo y llévalo hasta las últimas consecuencias.

(Sin dejar de escuchar al mundo.)

SÉ AMABLE

No pisotees a la gente. Ser tu propio jefe te permite tratar con muchísima gente de muchos niveles, y eso es un tesoro. Saber tratar a las personas es de las cosas más importantes de la vida. Por eso, cuanto más amable y elegante seas, mejor. No me refiero a ser elegante en plan cursi, sino que se mantenga siempre la dignidad y la bondad en tu trabajo por encima de lo demás. Colecciona buenas personas. Intenta vivir sin enemigos, o por lo menos sin saber quiénes son.

APRECIA LO QUE TIENES

Nunca se sabe cuándo puede dar un giro la vida. Por eso, hasta donde hayas llegado o aquello con lo que inicies tu aventura, aprécialo. Uno es quien es por todo lo que hace y por todo lo que ha sido hasta hoy mismo. Por eso, ante un triunfo, o un fracaso, nunca desprecies lo que tienes. ¿O es que tenemos que renunciar a todo el camino recorrido porque haya llegado alguno de los dos?

SÉ EXIGENTE

No te conformes. Intenta siempre ir un paso más allá. Demuestra que puedes sacar mayor partido a tu talento. Pero no te conviertas en un avaricioso o un ambicioso. El equilibrio entre querer ser mejor y conformarse con lo que uno tiene es lo que diferencia una canción perfecta de una mediocre.

SIEMBRA BUEN AMBIENTE

Intenta anteponer siempre el buen rollo, incluso en las situaciones complicadas. Trabaja el buen humor, ríete todo lo que puedas. La vida pone a cada uno en su sitio. A veces sólo hay que esperar a que eso ocurra. Pero trabaja a favor de aquellas cosas que son buenas y hacen el bien a la gente. A la larga saldrás ganando, segurísimo. Quien más da, más tiene.